

Intervención de D. MIGUEL ÁNGEL ALBALADEJO CAMPOY, *Ex Presidente de la Asociación Profesional del Cuerpo Superior de Administradores Civiles del Estado*

MANOLO GIMÉNEZ ABAD, COMPAÑERO EN UN MOMENTO AXIAL DE MI VIDA

Aún no hace un mes que, el 7 de mayo, ETA arrebató la vida a Manolo Giménez Abad y ya no es el último mártir del terrorismo. Ese dudoso honor se lo ha arrebatado hace quince días el Director Financiero de El Diario Vasco. Triste momento el de una sociedad condenada periódicamente a recordar a sus muertos. Por eso, hoy quiero recordar un momento mucho menos triste. La época en que viví muy cerca de Manolo, en la que los dos tratábamos de modelar nuestro futuro.

En la vida hay pocas ocasiones en que una persona pueda colaborar en la previsión de su futuro. Planificar es imposible, pero aportar esfuerzos a la preparación del futuro, realizar cosas, es decir, contribuir con acciones concretas, decididas por la voluntad, con ánimo de influir en el propio futuro, sí es posible. Lo que ocurre es que, objetivamente, hay pocas ocasiones para hacerlo. Yo llamo «momentos axiales» a esos momentos. Les llamo momentos axiales porque son momentos en que contribuyes con tu esfuerzo a dar un giro a tu vida, a marcar una dirección para el trayecto inmediato. Debe ser influencia de mis primeras vivencias.

Yo soy nieto de ferroviario y nací en Cartagena junto a dos estaciones de ferrocarril. Una era pequeña, de vía estrecha, lo que hoy se conoce por FEVE. Los niños le llamábamos «el tren chicharra, que pita más que anda». La otra era de RENFE y tenía grandes instalaciones porque, entre otras cosas, era final de línea y había hasta casas para los ferroviarios. Entre aquellas vías, cambios, depósitos de carbón y de agua y cocheras, que yo recorría con mi abuelo Antonio —que, por cierto, se llamaba Campoy y no Azofra—, había una gran plataforma donde se colocaba la máquina y se la podía hacer girar para cambiar de vía, para colocarla en dirección a las cocheras o hacia los andenes para preparar la expedición, en terminología ferroviaria.

Esa imagen me ha perseguido cuando trataba de metaforear el tiempo que viví junto a Manolo Giménez Abad. Fue un tiempo en que yo quería hacer girar la plataforma de mi vida y orientarla hacia los andenes. Acababa de salir de las cocheras y trataba de formar una expedición. Quería llegar por lo menos hasta Chinchilla, que yo sólo sabía que existía un poco más allá de mi horizonte y que era, según aquellos libros de la Editorial Edelvives, un «importante enlace ferroviario».

Me encontré a Manolo Giménez Abad casi en la primera estación. Digo casi porque la primera fue de cercanías, la Universidad de Murcia. Allí encontré a Daniel Pastor y a un Jefe de

Estación, a la sazón Catedrático de Derecho Romano, que me metió en las grandes líneas, que me invitó a ir a Navarra, donde me encontré con Manolo Dapena, mi inseparable compañero de viaje, y, a la vez, con Manolo Giménez Abad, que, dado su aspecto rubito, barbilampiño y menudo, nunca llegó a ser Manolo, sino Manolito. Un curso más joven que yo, compartimos Facultad y Colegio Mayor y, habiendo acabado la carrera Manolo Dapena y yo un año antes, como he dicho, nos vinimos a Madrid y aquí le esperamos.

Él llegó a aquel cruce de vías desde las líneas del Norte. Todo el mundo sabe que era de Jaca, pero lo que sabe menos gente es hasta qué punto pertenecía a su montaña. Era profundamente aragonés y pirenaico. Cuando yo lo conocí, su padre era profesor de la Escuela Militar de Alta Montaña, que tenía sus instalaciones en Rioseta y Candanchú, y Manolo, que no era de muchas palabras, me contó lo que sé de los valles y de los ibones del Pirineo, del Monasterio de San Juan de la Peña, de aquel trozo del Camino de Santiago. Hace sólo unos meses lo recordaba en lo alto del Canal Rolla mientras perseguía un sarrío y veía bajo mis pies aquel, a la vez, impresionante y familiar paisaje.

La segunda estación fue tan importante o más que la primera, fue la Escuela Nacional de Administración Pública, hoy INAP, y, sobre todo, el Instituto de Estudios Administrativos, el IEA. En esta parada vamos a detenernos porque tiene especial sentido hacerlo, dado el marco que hoy nos acoge. Éramos un grupo joven y brillante. Nuestros expedientes académicos competían entre sí y con las ganas de arrebatarse a la vida y al mundo, en su más amplio sentido, cada sensación, cada color, cada acorde. Allí, enmarcados por la dirección científica de Gaspar Ariño y Alfredo Gallego Anabitarte, la administrativa de Pablo González Mariñas y, a cierta distancia, de José Luis García López y la tutela de Concha Sáez, bullíamos Enrique Hervás, José María Souvirón, Antonio Mozo, Julia López de Sa, Demetrio Ramón, Ángel Menéndez Rexach, Diego Chacón, Diego Martínez, Luis Jorquera, Juan Ariño, Manolo Dapena y yo mismo. Allí aterrizó Manolo Giménez Abad.

Es difícil transmitir aquellas inmaterialidades, pero el escenario era la vieja Universidad de Alcalá y los compañeros de función —nunca mejor dicho— los funcionarios que gerenciaban la Escuela y los nuevos ingresados que hacían sus cursos de formación. El ambiente inmejorable y la Biblioteca excepcional. Todo ello contribuyó a crear un espléndido marco en el que, además de sacar las oposiciones, germinaron vocaciones universitarias como las de Pablo González Mariñas, Antonio Mozo, Ángel Menéndez o José María Souvirón, o espléndidos funcionarios como el resto de los antes citados.

Manolo Giménez Abad no se conformó con participar en aquel coro, sino que, tras el ingreso en el Cuerpo Técnico, asumió un papel protagonista y, al poco, ocupó la Secretaría del IEA y trabajó en la Escuela hasta que le llamó la sangre, se lo permitió la nueva forma de Estado, consideró cerrado un ciclo y se fue a Aragón.

Era demasiado para una persona apasionada por su tierra contemplar cómo se iban creando aquellas estructuras nuevas y prometedoras, la nueva Administración, sin aportar las riquezas y potencias que había ido acumulando en las distintas etapas de aquel viaje que acabo de describir. Después fue mucho más, Secretario General Técnico de la Diputación General de Aragón, Letrado Mayor de sus Cortes, Consejero de aquella Comunidad, Diputado y Senador. Pero eso fue consecuencia de aquel giro que imprimió a su vida en aquellos diez años que acabo de comprimir. Esos años que viví tan cerca de él. Fue nuestro «momento axial».